



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Argirópolis: raíces históricas de una utopía

Autor: Aínsa, Fernando

Forma sugerida de citar: Aínsa, F. (1989). Argirópolis: raíces históricas de una utopía. *Cuadernos Americanos*, 1(13), 119-134.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año III, núm. 13, (enero-febrero de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

ARGIROPOLIS, RAICES HISTORICAS DE UNA UTOPIA

Por Fernando AINSA
CRICCAL, FRANCIA

CONFINADA AL GÉNERO utópico, *Argirópolis* ha padecido una cierta marginación crítica en la clasificación, evaluación y comentario del conjunto de la obra de Domingo Faustino Sarmiento. Si bien es cierto que la tentación de clasificarla como una utopía tradicional es comprensible, especialmente a partir de las connotaciones del título —la significativa *polis* griega¹ traspuesta al Río de la Plata— y de la propia naturaleza del proyecto que propone —fundar la capital de los Estados Unidos de América del Sur en una isla— una atenta lectura del texto permite extraer otras conclusiones.

Por lo pronto, porque la temática, la composición y el estilo de *Argirópolis* no difieren mucho del resto de la obra de Sarmiento. Este libro de apenas 120 páginas, publicado en 1850, se presenta como un programa que, si bien está marcado por una *intención* utópica, tiene todos sus referentes directamente inscritos en el contexto político de la época. No se trata de una obra intemporal o difícilmente localizable en el espacio, tal como sucede con otras utopías del género, sino de un proyecto concreto para el momento histórico argentino y rioplatense desde el cual se escribe.

La iniciativa de fundar una capital para los Estados Unidos del antiguo Virreinato del Río de la Plata se articula en el conjunto de la reflexión general de Sarmiento sobre el futuro de la América Meridional. Por otra parte, apenas dos capítulos (III y V) de los siete que componen el total, se refieren a la iniciativa de edificar una *ciudad-ideal* en la isla de Martín García, reiterándose en el resto del opúsculo preocupaciones y proposiciones que aparecen en otros textos políticos, ensayísticos o periodísticos del período.

Una comprobación de este tipo no debe llevar, sin embargo, a

¹ Sarmiento adapta el nombre clásico al Río de la Plata y el adjetivo gentilicio que llevaba la Confederación y con el cual se ha dado el nombre a la Argentina. Lo hace aludiendo significativamente a la *polis* griega —Heliópolis— y al título de la obra de Tomasso di Campanella, *La città del sole*, la *civitas solis* modelo de la utopía renacentista.

rechazar la *intención* utópica del texto. Por lo pronto, porque la misma vocación programática que se percibe en *Argirópolis* está presente en el resto de la obra de Sarmiento. En la mayoría de sus libros, panfletos y artículos se percibe una voluntad prospectiva y una preocupación por el *deber ser* argentino y americano, al que contraponen en forma dialéctica el *ser* de la realidad desde la cual escribe. El paralelo constante entre el diagnóstico de la problemática del presente y lo que debería ser el porvenir, cuando no la simple nostalgia de un pasado idealizado, puede rastrearse en sus obras mayores —como *Facundo* y hasta *Recuerdos de provincia*— y en textos periodísticos de circunstancia.

Es justamente esa *tensión* en que se traduce el contenido desiderativo, esa *tendencia* y *latencia* que se proyecta hacia el futuro a partir de un presente que se cuestiona críticamente, la que constituye la esencia misma de la *función* utópica en la que se inscribe el pensamiento de Sarmiento, más allá de la categorización de *Argirópolis*.

Es decir que, mientras por un lado la ensayística histórica de Sarmiento aparece en general como *utopizante*, por el otro la utopía de *Argirópolis* se presenta como una solución al problema político que plantea el "post-rosismo" en la Argentina. Como ha escrito Gustavo Ferrari, *Argirópolis* combinó la utopía —lo programático— con el "panfleto político realista".² En esta última dirección la clasifica Paul Verdevoye, al estudiarla en el subcapítulo sobre política argentina incluido en uno más vasto sobre la política que propone el "publicista" Sarmiento.³

Por su parte, Horacio Cerutti Guldberg se pregunta:

¿Dónde está la utopía sarmientina? Diseminada por todo el texto. La estructura formal del panfleto político oculta la estructura utópica subyacente al discurso. En este sentido, el mismo Sarmiento desorienta a sus intérpretes al hablar de "la sanidad de miras y objeto práctico" de *Argirópolis*, "a despecho de la Utopía que le sirve de noble frontispicio". La estructura del género utópico, con sus momentos de crítica y de propuesta, aparece nitidamente si no nos dejamos llevar por estas apariencias.⁴

² Gustavo Ferrari, "Introducción" a *Argirópolis*, Buenos Aires, EUDEBA, 1968. Todas las citas de la obra de Sarmiento corresponden a esta edición.

³ Paul Verdevoye, *Domingo Faustino Sarmiento —Educateur et publiciste (entre 1839 et 1852)*, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, 1963, pp. 366-369.

⁴ Horacio Cerutti Guldberg, "El utopismo del siglo XIX; aproximación a dos exponentes del género utópico gestados en el seno de la ideología liberal", en *El pensamiento latinoamericano en el siglo XIX*, México, IPGH, 1986, p. 115. En este ensayo Cerutti analiza *Argirópolis* de Sarmiento y

Las diferencias entre *Argirópolis* y el resto de la producción ensayística de Sarmiento no son, pues, tan sustanciales como se ha pretendido. Esta afirmación resulta tanto más evidente si se tiene en cuenta la dificultad en que se ha debatido la crítica para clasificar en géneros su obra, tan poco ortodoxamente dividida de acuerdo a los criterios europeos utilizados para abordarla. El ejemplo de *Facundo*, donde confluyen páginas de historia, sociología, novela, ensayo y tratado de moral es, en este sentido, bien explícito.⁵ Por ello, puede afirmarse sin exagerar que *Argirópolis* es una utopía contextualizada en la Argentina de 1850, inscrita orgánicamente en el conjunto de una producción cuya reflexión histórica está teñida por permanentes alusiones utópicas.

Es justamente este presupuesto —la integración orgánica de *Argirópolis* en el conjunto de una vasta obra de *intención utópica*— el que preside el razonamiento del presente trabajo, donde analizaremos algunas de las constantes del pensamiento del polémico y apasionante sanjuanino cuyo centenario se festeja este año de 1988.

Entre la utopía y la casuística

LA palabra utopía no se menciona en ningún momento en *Argirópolis*. Sin embargo, durante un viaje en barco por el Río de la Plata, Sarmiento se refiere a la isla de Martín García como "mi Utopía". En otra ocasión, desembarca en su puerto, recorre entusiasmado el perímetro de la isla e inscribe su nombre —*Argirópolis*— en una roca de la playa, verdadero bautizo fundacional del proyecto. En las observaciones recogidas en *Campaña en el Ejército Grande*, destaca la fertilidad del terreno, la seguridad del puerto, las posibilidades de construir una aduana, resaltando "la sanidad de miras y objeto práctico" de *Argirópolis* "a despecho de la utopía que le servía de noble frontispicio".⁶ Es decir que, aún calificada de utopía ("a despecho de..."), *Argirópolis* se le aparece como viable: la isla existe, tiene una indiscutible importancia estratégica y posee excelentes condiciones naturales para fundar una capital. Sarmiento es consciente que el proyecto no tiene una causalidad histórica directa y que es sólo fruto de su voluntarismo

Peregrinación de Luz del Día o viaje y aventuras de la verdad en el Nuevo Mundo (1871), de Juan Bautista Alberdi.

⁵ Noé Jitrik, en *Muerte y resurrección de Facundo*, Buenos Aires, CEDAL, 1968, p. 9, explica las dificultades que presenta la obra de Sarmiento para su clasificación, y cita a Alberto Palcos, quien habla de la ruptura de moldes tradicionales de los géneros literarios en Sarmiento.

⁶ Gustavo Ferrari, en la "Introducción" citada.

programático. Por ello afirma: "Dése hipotéticamente una ciudad como Venus, saliendo de entre la espuma de las aguas de un conjunto de ríos, y el comercio pondrá de su cuenta en un año todos los accesorios y vehículos que aceleren el movimiento" (p. 85).

Argirópolis es, pues, una *hipótesis*, un deseo, porque parte, pura y simplemente, de la "nada". La isla de Martín García es una isla desierta, escenario ideal de la utopía. Para darle una consistencia real hay que imaginar una ciudad que "nacería rica de elementos de construcción duradera" (p. 85), donde se levanten los edificios con las piedras de la isla, porque "no hay gloria sin granito que la perpetúe".

El congreso, el presidente de la Unión, el tribunal supremo de justicia, una sede arzobispal, el Departamento Topográfico, la administración de los vapores, la escuela náutica, la universidad, una escuela politécnica, otra de artes y oficios y otra normal para maestros de escuela, el arsenal de marina, los astilleros y mil establecimientos administrativos y preparativos que supone la capital de un Estado civilizado, servirían de núcleos de población suficiente para formar una ciudad. (p. 84)

Por esta razón, aunque Sarmiento se diga: "¡A cuántas aplicaciones públicas se ofrece el laberinto de canales e islas que forman el delta del Paraná!" (p. 84) e imagine el Río de la Plata dividido en "miles de canales frecuentados por millares de botes, lanchas y falúas", no deja de preguntarse:

¿Diríase que todos estos son sueños? ¡Ah! Sueños, en efecto; pero sueños que ennoblecen al hombre, y que para los pueblos basta que los tengan y hagan de su realización el objeto de sus aspiraciones para verlos realizados. Sueño, empero, que han realizado todos los pueblos civilizados, que se repite por horas en los Estados Unidos, y que California ha hecho vulgar en un año (p. 85).

Proyecto y sueño, sí, pero en la medida en que una utopía parecida ya es *realidad* en Estados Unidos ("vulgar en un año"), puede ser un sueño *posible* para América del Sur. Para darle la necesaria viabilidad, el proyecto enunciado con lirismo se acompaña de una detallada lista de ejemplos: la lista de vapores que navega entre San Francisco y Panamá (p. 86), las casas comerciales que operan en el puerto de Buenos Aires (p. 102) y la estadística sobre el origen de los inmigrantes llegados a Nueva York en 1849 (p. 109) Aunque parece fuera de contexto en una obra programática, la utopía propuesta se apoya en la casuística, el sueño en la erudición y el exagerado detalle.

Esencia histórica de la utopía

MÁS allá de la discusión semántica sobre cómo clasificar *Argirópolis*, es interesante recordar que, desde los orígenes del género, las utopías se han relacionado casi siempre con las preocupaciones políticas y sociales de sus autores, porque —contra lo que se afirma en general— éste no es un género de evasión. Catalogar la obra de Sarmiento como utopía no es reducirla al fantasioso “soñar despierto” de un irrealista ensayista argentino. La mayoría de las utopías estimulan la reflexión sobre la época en que han sido escritas y orientan la imaginación hacia lo que podría ser, *deber ser* enunciado siempre en función de los valores imperantes en la sociedad del autor. Basta con pensar en los escritores que fundan el género como Moro, Campanella, Bacon y Harrington.

Tomás Moro concibe *Utopía* (1516) como *modelo alternativo* a la realidad política inglesa y termina su vida ejecutado por el orden imperante que ha combatido como Canciller. Campanella escribe *La Città del Sole* en la cárcel, como respuesta a la agitación campesina de Calabria, cuya injusta situación social le inspira el modelo de sociedad teocrática que propone. Francis Bacon, que también fue Canciller de Inglaterra, proyecta “la casa de Salomón” en *New Atlantis*, utopía que se convierte en la realidad de la Royal Society of London y posteriormente en el College of Philosophy. James Harrington publica *Oceana* (1656) como un desafío a la convulsionada Inglaterra de Cromwell, y es perseguido bajo el reinado de Carlos II.

En realidad, buena parte de los utopistas de los siglos XVI y XVII aparecen como legisladores disfrazados y escriben obras *ad usum Delphini* con el fin de encontrar al monarca capaz de aplicarlas. Lindante muchas veces con las obras llamadas “el espejo del Príncipe” (el *Furstenspiegel* alemán, *miroir des princes* francés, el “reloj de príncipes” del español Antonio de Guevara) de contenido más propagandístico y político, la utopía es por esencia histórica. Las relaciones con la realidad son siempre determinantes, ya que la utopía más irreal y fantástica en apariencia no puede evitar los referentes de la época de su autor. La negación de una escala de valores, su proyección o la imaginación más libremente desatada no son nunca totalmente arbitrarias. El propio Georges Sorel, estudioso de mitos y poco simpatizante del género utópico, asegura que: “Il ne faut pas donc s'étonner si tant d'utopistes purent devenir des hommes d'Etat habiles lorsqu'ils eurent acquis une plus grande expérience de la vie politique”.⁷

⁷ Cit. por Gustavo Ferrari, “Introducción” a *op. cit.*

En resumen, puede afirmarse que, entre la *topía* desde la que se escribe y la *utopía* proyectada, hay siempre una interacción dialéctica. "La utopía es una *apuesta* ejercida sobre la base de los términos que ofrece la *topía*" —afirma Arturo Andrés Roig—⁸ relación íntimamente ligada al diálogo del hombre con la historia. Toda forma de "felicidad imaginada" a través de la *subversión* de la realidad es una manera de reflexionar sobre el presente y, paradójicamente, una forma de influir sobre él para cambiarlo. Así se puede hablar del doble aspecto de la utopía: crítica de lo existente y propuesta de aquello que debería existir. Es decir, son los *modelos* los que varían, mientras que la *función utópica* permanece constante a través de los siglos. La *intención utópica* es invariable, y como tal recorre la historia, aunque apenas enunciada aparezcan las variables. El *contenido* de cada *modelo* propuesto se mueve en el interior de la historia que lo engendra. "El modelo a imitar es un elemento que aparece con toda fuerza y explícitamente en *Argirópolis*", subraya Horacio Cerutti,⁹ al recordar cómo la *función modelica* aparece en las utopías renacentistas que usan al Nuevo Mundo como topos.

El modelo utópico de Argirópolis

ARGIRÓPOLIS, escrita en 1850 en visperas de la caída de Rosas, se inscribe en la capacidad de abrir *posibilidades* en lo *imposible relativo* de la época, "fascinación de lo imposible" que guía buena parte del pensamiento de Sarmiento. La calificación peyorativa de su intención utópica es posterior, distancia entre lo imposible relativo y lo *imposible absoluto* que, si bien puede trazarse hoy en día sin mayor dificultad gracias a la perspectiva histórica que nos da el fracaso de la propuesta sarmientina, no resultaba tan obvia en el momento de su enunciación. En 1850, la discusión sobre el proyecto era esencialmente política, aunque Urquiza manifestara un "prudente silencio" y el General Paz haya sido más directo: "Su Argirópolis, en mi modo de pensar expresa un pensamiento grande, patriótico, sublime también, pero de difícil y, actualmente, de imposible realización".¹⁰

Pese a la *imposibilidad* de realización que marca su origen, es interesante anotar que la mayoría de los presupuestos de *Argiró-*

⁸ Arturo Andrés Roig, "La experiencia iberoamericana de lo utópico y las primeras formulaciones de una 'Utopía para sí'"; en *Revista de Historia de las Ideas* (Quito) 1981, pp. 53-67.

⁹ Horacio Cerutti, *op. cit.*, p. 116.

¹⁰ Gustavo Ferrari, *op. cit.*, p. 13.

polis fueron reiterados obsesivamente por Sarmiento en el resto de su obra. Algunos ejemplos lo confirman. Nos referiremos a dos de ellos: los que presiden la idea de fundar una capital en la isla de Martín García —problemática geopolítica e histórica del momento— y los del poblamiento de la isla en el contexto de la ambición sarmientina de "gobernar es poblar".

1) *Fundación de la capital*

EN el dilema argentino de la época —que Sarmiento percibe como expresión de la antinomia *Buenos Aires-Interior*—¹¹ la solución de fundar una capital en un lugar diverso al que oponía la *ciudad-puerto* a los centros provinciales no era totalmente ilógica. La resistencia a la gravitación de Buenos Aires marca buena parte de los conflictos de la época, sólo parcialmente dirimidos en 1880 con la creación de la Capital Federal y está presente o latente en la ensayística de Sarmiento y en la de algunos integrantes de su generación como Juan Bautista Alberdi, quien afirma en 1850 que "es imposible un gobierno nacional con capital en Buenos Aires".

Entre 1860 y 1880 se presentan al Congreso argentino unos cincuenta proyectos relativos al lugar donde debía ser el emplazamiento de la capital, de los cuales se discutieron más de treinta. Entre ellos figuraron las ciudades de Rosario, Córdoba, Tucumán, Paraná y Río Cuarto. Buenos Aires aparece como "la apoplejía en el centro y la parálisis en las extremidades", según la famosa definición de Leandro Alem: "Para el principio democrático y el régimen federal, la capital en este centro poderoso entraña gravísimos peligros y puede comprometer seriamente el porvenir de la república".¹²

El ejemplo de los Estados Unidos de América, según el cual se proyecta Washington como capital de la Unión para dirimir las

¹¹ Según anota Jitrik (*op. cit.*, p. 17), el conflicto Buenos Aires-interior es de antigua data; estalla con la caída de Rosas y la configuración del partido porteño. La constitución de 1853 consagra el sentido del levantamiento de Urquiza: capitalizar Buenos Aires. A partir de esa evidencia, aparecen conflictos que se manifiestan en todos los órdenes. Habiéndose anticipado en *Facundo* Sarmiento vuelve a encontrar una fórmula de solución con su "Provinciano en Buenos Aires, porteño en las provincias, argentino en todas partes". Argirópolis representa una concesión en esa neutralidad, pues trae la propuesta de que la capital esté instalada en otra parte, lo cual significa inclinarse en ese momento por el partido porteño, enemigo de ceder Buenos Aires para Capital de la Nación.

¹² Cit. en Mempo Giardinelli, "Hacia la capital de la utopía", en *La Nación* (Buenos Aires), 3 de octubre de 1986.

rivalidades existentes entre Nueva York, Filadelfia, Baltimore y Boston, inspira en Sarmiento el modelo a reproducir en el ámbito rioplatense dividido por las tradicionales oposiciones entre los puertos de Buenos Aires y Montevideo, entre las ciudades de Córdoba y la misma Buenos Aires. Estas oposiciones reflejan las antinomias no resueltas entre capital e interior, ciudad-puerto y campo productor, así como traducen las más circunstanciales de Federales contra Unitarios, Doctores contra Caudillos y la famosa creación sarmientina de Civilización y Barbarie.

Si el proyecto de Sarmiento aparece insertado en la problemática de la época —dar una capital a la Argentina, reconstruyendo al mismo tiempo las Provincias Unidas— es interesante recordar que, en el ámbito latinoamericano, la preocupación por fundar una capital que pudiera evitar la fragmentación "balcánica" de los antiguos virreinos aparece también en Francisco de Miranda y Simón Bolívar. La propuesta de Sarmiento es posterior a *Colombo*, la capital imaginaria de Miranda, que debería edificarse en el istmo de Panamá para asegurar la unidad de las dos Américas y al proyecto de la ciudad *Las Casas* que Bolívar propone fundar en "el soberbio puerto de Bahía-honda" en los confines de Colombia y Venezuela, capitales de la utopía americana en que se traduce el deseo de *unidad* continental o regional.¹³ Una aspiración similar se expresa más de un siglo después en las capitales que pretenden *integrar* el territorio nacional, como es el caso de Brasilia, fundada por Juscelino Kubitschek en 1960, y el anuncio del presidente Raúl Alfonsín en febrero de 1986 de transformar la ciudad patagónica de Viedma en la nueva capital argentina.

La vocación utópica del urbanismo —cuyas raíces pueden rastrearse en los proyectos de Hipodamos de Mileto en el Pireo¹⁴ y en los del *quattrocento* italiano—¹⁵ se reitera en el *Bosquejo de la*

¹³ Sobre el punto, véase Arturo Ardao, "Las ciudades utópicas de Miranda, Bolívar y Sarmiento" en *Nuestra América Latina*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986, pp. 83-95.

¹⁴ Es interesante recordar que el primer autor utópico —Hipodamos de Mileto— fue un urbanista del cual Aristóteles afirma en *Política*; "Hipodamos, hijo de Euryfon, ciudadano de Mileto, el que inventó el trazado geométrico de las ciudades y recortó el Pireo en un damero". Calificado de meteorólogo por Hesychio y Photio, es decir especialista en fenómenos celestes, Hipodamos de Mileto estuvo encargado de trazar el plan de las nuevas ciudades griegas en armonía con el esquema del universo, tal como se lo concebía en su época.

¹⁵ Los monarcas italianos sueñan con ciudades nuevas. Un urbanista utópico como Leon Battista Alberti publica *De re aedificatoria* (1452); Antonio Averlino (llamado Filarete) propone una ciudad fantástica en su *Tratato*, que bautiza Sforzinda, y que deberá edificarse en pleno campo

ciudad del futuro (1938) del arquitecto argentino Wladimiro Acosta para la construcción de un nuevo tipo de ciudad basada en la compenetración de zonas urbanas y rurales, en la racionalización de los espacios consagrados a la vivienda y al trabajo, a la industria y a la agricultura y en la concepción que guía la fundación de la ciudad de La Plata. Una vocación utópica más explícita aparece en *La ciudad anarquista americana* (1914) de Pierre Quiroule, imaginada en un país El Dorado— situado a orillas del río Diamante, en cuyas características geográficas se reconoce fácilmente el espacio rioplatense.¹⁶

En este contexto, parece claro que el proyecto sarmientino de levantar en una isla desierta una capital para una confederación de tres países no constituye una utopía que pueda ser calificada peyorativamente de irreal y disparatada, sino una forma de proponer una solución a la doble problemática de su tiempo, a saber: 1) Reconstruir el Virreinato del Río de la Plata y el espacio político de las Provincias Unidas, dándole al mismo tiempo una capital a la Confederación Argentina. 2) Recuperar la isla de Martín García, a la sazón ocupada por Francia en el contexto de la Guerra Grande, convirtiéndola en enclave de la red fluvial.

1) *Reconstrucción del espacio territorial del Virreinato del Río de la Plata*

LA capital Argirópolis no se proyecta como un fin *per se*, ni como una isla autárquica al modo de la utopía tradicional, sino como un instrumento para hacer posible la ambición de reconstruir el antiguo Virreinato del Río de la Plata. Sarmiento expresa esta prioridad al titular a uno de los siete capítulos en que divide *Argirópolis* —el capítulo II— “Las Provincias Unidas del Río de la Plata, el Paraguay y la República del Uruguay”, porque: “No es sólo una cuestión de la Confederación Argentina la que se debate, sino la de las antiguas Provincias Unidas del Río de la Plata” (p. 31).

Sin embargo, para recrear el espacio del antiguo Virreinato no puede pensarse que la capital sea Buenos Aires. Sarmiento considera

sobre una tierra fértil y donde será posible la Cucaña de la tradición popular. Los proyectos urbanísticos vuelven, una y otra vez, a repetirse en las utopías del Renacimiento.

¹⁶ Félix Weinberg, en *Dos utopías argentinas de principio de siglo*, Buenos Aires, Solar, 1976, reproduce y estudia esta interesante utopía. Al tema hemos consagrado un trabajo, Fernando Ainsa, “La ciudad anarquista americana (estudio de una utopía libertaria)”, en *Caravelle*, 46 (1986).

razonablemente que "el Paraguay y el Uruguay no tienen interés alguno que los ligue a Buenos Aires que está fuera de sus rutas naturales de comercio" (p. 37). Es más: tanto Paraguay como Uruguay no aceptarían nunca "confederarse" con una Argentina cuya capital fuera Buenos Aires y le resulta evidente que "la ciudad comerciante de Montevideo resistirá ahora y siempre a someterse a su rival, la ciudad comerciante de Buenos Aires" (p. 37).¹⁷ Por estas razones es de preguntarse si Montevideo, cuya suerte dependía en esos momentos de auxilios extranjeros, en lugar de someterse a su rival Buenos Aires, "No se encontraría bien servida formando parte de un grande Estado, cuyas leyes fuesen igualmente equitativas para Buenos Aires como para Montevideo, poniendo término al estado provisorio"¹⁸ (p. 40).

Por su parte, el Paraguay —según afirma Sarmiento— también tiene interés en ligarse con la Confederación para gozar "de igual a igual" con Buenos Aires de las ventajas del comercio europeo, ya que naturalmente "está subordinado a la embocadura de los ríos que le sirven de intermediarios con el comercio europeo" (p. 41). Para garantizar la "igualdad" entre los tres estados, la sede del gobierno común tiene que estar en un "territorio neutro". Nada mejor que una isla para evitar todo conflicto.

Con estos presupuestos, sólo la creación de la capital en Martín García puede "conciliar los intereses y la libertad de los Estados confederados". El proyecto se apoya en el hecho de que está desligada "naturalmente de toda influencia de cada una de las provincias que forman la Unión", condición insular que la coloca en una posición "aún mejor que Washington en Estados Unidos", ya que es "independiente de ambas márgenes del río".

La isla de la utopía sarmientina, localizada geográficamente en la confluencia de los ríos Paraná y Uruguay, tiene además una gran

¹⁷ Pero si Montevideo rechaza a Buenos Aires como centro, Sarmiento está al mismo tiempo convencido de que "El Uruguay, dividido en partidos, agitado por las ambiciones de sus caudillos, no ha podido desprenderse de las Provincias Unidas de que fue segregado. La ambición del general Rivera le hizo llamar en su auxilio a los argentinos que por millares estaban asilados en Montevideo; y el general Oribe, para reponerse de su vencimiento, buscó naturalmente el apoyo del gobierno de Buenos Aires" (p. 32).

¹⁸ El razonamiento parece claro. Un modo de terminar con la guerra "fratricida" de ocho años es aceptar una confederación basada en un mismo plano de igualdad entre los estados en pugna: "Nosotros preguntaríamos a los sitiadores y a los sitiados en Montevideo, aquellas dos partes de una nación empeñadas ocho años en una lucha fratricida, si hallan dificultad insuperable, invencible, para asociarse al Paraguay y a la República Argentina en una federación con el nombre de Estados Unidos de la América del Sur, u otro que borre todo asomo de desigualdad".

importancia estratégica. Se trata de un enclave que permite controlar la salida comercial del Paraguay y la comunicación entre los puertos de Montevideo y Buenos Aires. Centro natural en el contexto geográfico en que está situada para "la percepción de derechos de exportación e importación", Sarmiento está convencido de que "la población de la isla creará en pocos años un nuevo centro comercial común a las dos ciudades (Buenos Aires y Montevideo) y un nuevo elemento de prosperidad, aumentando el número de ciudades comerciantes y ricas del Río de la Plata". Por otra parte —como ha señalado Horacio Cerutti— "La isla es la polis de la plata, pero representa supletoria y paradigmáticamente a todo el país confederado".¹⁹

En este proyecto no hay únicamente una reminiscencia nostálgica del vasto territorio virreinal del pasado, ni una pragmática solución política al problema del presente, sino una clara apuesta al futuro. Se diseña con claridad en sus páginas la ambición de las "grandes naciones", el "gran Estado" que Sarmiento contrapone a "las repúblicas oscuras" (p. 41). Por ello advierte sobre la propensión de las repúblicas sudamericanas a "descomponerse en pequeñas fracciones, solicitadas por una anárquica e irreflexiva aspiración a una independencia ruinosa, oscura, sin representación en la escala de las naciones" y cita el ejemplo de Centroamérica, que "ha hecho un estado soberano de cada aldea: la antigua Colombia dióselas para tres repúblicas; del Río de la Plata se descompusieron en Bolivia, Paraguay, Uruguay y Confederación Argentina" (p. 80).

Esta preocupación por la "balcanización" americana —lo que Francisco Bilbao llamará pocos años después "los Estados Desunidos del Sur" en contraposición a los Estados Unidos del Norte— no es más que la reiteración de otros ensayos o artículos periodísticos de Sarmiento donde, no sin ironía, se refiere a las Provincias "desunidas" del Río de la Plata, atomizadas "hasta constituirse en un caos sin constitución", a causa de la inepticia de los "ejecutores testamentarios" de Felipe II.

El mundo está cansado de oír hablar de "reyertas americanas entre ciudades que apenas son algo más que aldeas, entre naciones que no cuentan más población que un departamento o un condado" (p. 81) —sostiene— no sin algo de la "vergüenza" que siente América frente a Europa, a la que se refiere en otras oportunidades: "América avergonzada, contemplándola Europa". Europa mira, observa, mientras América se conmueve, padece y se avergüenza. La vergüenza de América está en relación con la mirada de Europa.²⁰

¹⁹ Horacio Cerutti, *op. cit.*, p. 116.

²⁰ Noé Jitrik, *op. cit.*

Hay que terminar, pues, con esa "eterna riña de ganaderos incompetentes".²¹

Para hacer plausible y verosímil su proyecto de *integración* nacional y de *unidad* regional americana, Sarmiento lo remite al "modelo europeo". Funda ambos —integración nacional y unidad regional— en "las necesidades de las naciones modernas" y en el "espíritu de la época", cuyos ejemplos de Italia, Alemania, Canadá y Estados Unidos, incluso con la "anexión de los estados vecinos" (Texas, California y Nuevo México) le resultan obvios, especialmente ante el antagonismo del Brasil. La necesidad de formar una sola nación frente al Brasil, "fuerte de cuatro millones de habitantes", se impone. Sarmiento considera importante la reconstitución del espacio territorial del Virreinato como una forma de superar la "inferioridad de fuerza" en que se encuentra la Argentina y como un modo de asegurar la "dignidad y posición futura de la raza española en el Atlántico" (p. 80).

Pero, por sobre todas las cosas, la utopía sarmientina tiene raíces históricas bien precisas. Sarmiento quiere recuperar para los países del Plata la soberanía perdida de la isla de Martín García, un modo de asegurar su importancia estratégica y la navegación de los ríos, clave del desarrollo regional, especialmente y provincias como Entre Ríos.

2) Recuperación de la isla de Martín García

Recuperar la isla de Martín García ("el cerrojo de los ríos", como la llamó gráficamente) ocupada a la sazón por Francia en la Guerra Grande que oponía el Uruguay de Fructuoso Rivera a la Argentina de Rosas aliada con el Brigadier Manuel Oribe, es el segundo objetivo en su proyecto.

El autor de *Argirópolis* está convencido de que "no estando en poder de ninguno de los Estados la isla, y siendo la posesión actual que de ella tiene la Francia por vía de rehenes, la Francia se prestaría a devolverla a un congreso reunido en ella para terminar la guerra".²² Es justamente el hecho de la "situación extranjera" de

²¹ Es interesante anotar que, aunque Sarmiento deja de hablar de Argirópolis como capital, dado el poco interés que suscita su proyecto, reitera durante cerca de veinte años su ambición de reconstituir las Provincias Unidas. En 1867, como resultado de la Guerra de la Triple Alianza, propone la incorporación lisa y llana del Paraguay a la Argentina.

²² Para Sarmiento, la creación de la capital en Martín García permute aprovechar "El incidente que nos ha deparado la Providencia, haciendo que la isla de Martín García, llave del comercio interior, esté hoy fuera

Martín García la que la hace "un baluarte de defensa para los Estados y, por tanto, está llamada a ser el centro de la Unión", es decir, "una barrera insuperable contra todo amago de invasión".²³

El razonamiento de Sarmiento no deja de ser lógico y consecuente con su ambición de reconstruir las Provincias Unidas, porque es consciente de que si Buenos Aires recupera la soberanía de Martín García se convertirá en la dueña del comercio fluvial, lo que será fuente de inevitables conflictos con las distintas provincias y Estados en juego.²⁴ A causa de esta importante política, insiste en que:

Todo nuestro estudio, dirigido por la más severa imparcialidad, debe consagrarse a examinar si la isla de Martín García, puede servir de capital permanente de la posible Unión, y si por su colocación geográfica es el centro administrativo, económico y comercial, forzoso, indispensable, para asegurar la reciprocidad de ventajas que los Estados Confederados deben prometerse de su unión (p. 49).

El proyecto se le aparece como viable, y para que sea verosímil se apoya nuevamente en ejemplos europeos: Génova y Venecia, ciudades puerto de importancia comercial y estratégica, Inglaterra que "por su forma insular" presenta puertos a todos los mares, Estados Unidos y sus numerosos puertos y ríos articulados como vías de comunicación e intercambio comercial, el Sena, el Loire, el Ródano, la Garona y el Rhin en Francia. Una vez más, Sarmiento

del dominio del gobierno de Buenos Aires, y pueda entrar en el dominio del congreso general" (p. 59).

²³ Sarmiento lo reconoce explícitamente cuando afirma que: "Esta dependencia de la Confederación es común a la república del Uruguay, cuya arteria de comercio exterior es el Uruguay mismo, con sus tributarios que desembocan arriba de la isla de Martín García, y, por tanto, queda subordinado, como el Paraná, a la legislación que le imponga el Estado poseedor de aquella isla, que sirve de fortificación de la entrada de los ríos" (p. 35).

²⁴ "Ocupada la isla central por el congreso, quedaría garantida la libertad comercial de todos los Estados contratantes, sin el peligro que hoy subsiste de que devuelta a la jurisdicción del gobierno de Buenos Aires la libertad comercial de Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, el Paraguay y el Uruguay, sea en lo sucesivo sometida a las regulaciones que quiera imponerles en su propio provecho el gobierno poseedor de la isla fortificada y dejar con esto subsistentes motivos de conflictos futuros" (p. 48). Más adelante, reitera: "Esta dependencia de la Confederación es común a la república del Uruguay, cuya arteria de comercio exterior es el Uruguay mismo, con sus tributarios que desembocan arriba de la isla de Martín García, y, por tanto, queda subordinado, como el Paraná, a la legislación que le imponga el Estado poseedor de aquella isla, que sirve de fortificación de la entrada de los ríos" (p. 78)

distingue la isla de la utopía clásica, autárquica y aislada, desasida de todo referente espacial o temporal, del "sueño" que pretende hacer brotar de lo profundo de las aguas del Río de la Plata.

II) Poblamiento de Argirópolis y poblamiento de la Argentina

EN el origen de *Argirópolis* está también el proyecto de poblamiento de la Argentina que subyace en la ensayística sarmientina. Se reiteran en sus páginas "los males de la extensión" y el "despilfarro de terreno" que caracterizan la "superficie desmesurada" de América. Lo dice abiertamente el autor: "Nuestra pampa nos hace indolentes, el alimento fácil del pastoreo nos retiene en la nulidad" (p. 83).

Frente a la inmensidad del espacio abierto del continente, la isla de Martín García se le aparece como un *espacio concentrado*, cuyas virtudes ensalza por la negación de lo que no quiere ver repetido en su territorio. La capital de los Estados Unidos del Río de la Plata no es más que el centro y la garantía de una paz recuperada que se opone a la triste realidad del resto del país, ya descrita en *Facundo* y reiterada en *Argirópolis*:

A nadie se ocultan los defectos que nos ha inoculado el género de vida llevado en el continente, el rancho, el caballo, el ganado, la falta de utensilios, como la facilidad de suplirlos por medios atrasados. ¡Qué cambio en las ideas y en las costumbres! Si en lugar de caballos fuese necesario botes para pasearse los jóvenes; si en vez de domar potros, el pueblo tuviese allí que someter con el remo olas alborotadas; si en lugar de paja y tierra para improvisarse una cabaña, se viese obligado a cortar a escuadra el granito! El pueblo, educado en esta escuela sería una pepinera de navegantes intrépidos, de industriales laboriosos, de hombres desenvueltos y familiarizados con todos los usos y medios de acción que hacen a los norteamericanos tan superiores a los pueblos de la América del Sud. (p. 89)

La condición "insular" de Martín García le permite rechazar el "grotesco destino de estancia" que desprecia y reiterar su negativa de que la Argentina sea "un criadero de vacas". A partir de esta capital, el país entero debe ser "la patria de todos los que vengan de Europa" y debe dejárseles en "libertad de obrar y mezclarse con nuestra población" (p. 109), con lo cual el proyecto de poblar *Argirópolis* se inscribe en el plan de poblamiento de la Argentina.

En *Argirópolis*, Sarmiento repite sus obsesivas preocupaciones

de que hay que "mezclarse" con la población de "países más adelantados que el nuestro", hay que favorecer la inmigración de europeos para que "nos comuniquen sus artes, sus industrias, su actividad y su aptitud al trabajo" (p. 99), para lo cual hay que "hacer segura la situación de los extranjeros, atraerlos a nuestro suelo, allanarles el camino de establecerse y hacerles amar el país, para que atraigan a su vez a otros con la noticia de su bienestar y de las ventajas de su posición" (p. 99). Las embajadas argentinas en el exterior deben transformarse en "oficinas públicas" para "seducir hombres eminentes" y "enviarnos millares de emigrantes laboriosos" (p. 111).

No hay que "gritar contra los extranjeros" y no hay que esperar que los pocos nativos se multipliquen hasta llegar a ser una nación, porque no harán sino reproducir hombres "con su escasez actual de conocimientos" y su falta de "nociones industriales". Hombres, por otra parte, condenados a defenderse de los "indios salvajes" que depredan el interior del país y reducen aún más "la parte ocupada por los cristianos" (p. 111).

Sarmiento ve el poblamiento como un modo de fijar la *frontera* del país, noción de límite que lo preocupa y que compara con la "pacificación" de los territorios asiáticos de Rusia y la de Argelia por parte de Francia. Se trata, pura y simplemente, de *colonizar* la Argentina: distribuir tierras, construir caminos cuyo recorrido se asegure con una buena red de postas y posadas, garantizar comunicaciones con el telégrafo, fortificar ciudades para protegerlas de "malones" y de "salvajes", tal es la meta. De ahí la importancia que da al Departamento Topográfico que proyecta establecer en Argirópolis: el foco de donde parten y a donde vuelven "todos los trabajos de reconocimiento, mensuramiento y demás" (p. 116), porque "Nuestro principal elemento de prosperidad son los terrenos baldíos, improductivos hoy, pero que pueden valer millones desde el momento que se emprenda distribuirlos a los colonos por un precio determinado" (p. 116).

Este convencimiento de poblar como remedio a todos los males se reitera pocas páginas más adelante, al repetir en *Argirópolis* lo que Sarmiento preconizara en ensayos, discursos y leyes como gobernante:

El elemento de orden de un país no es la coerción ni la comprensión del gobierno. Son los intereses comprendidos. La despoblación y la falta de industria prohijan las revueltas: poblad y cread intereses. Haced que el comercio penetre por todas partes, que mil empresas se inicien, que millones de capitales estén esperando sus productos, y crearéis un millón de sostenedores del orden. (p. 124)

El razonamiento es claro: "cuantos más europeos acudan a un país, más se irá pareciendo ese país a la Europa, hasta que llegue un día en que le sea superior en riqueza, en población y en industria" (p. 110). Con los cien mil emigrantes enviados cada año, se "cubrirán de mieses los campos y las ciudades" del "bello territorio de Entre Ríos".

Un buen ejemplo lo da justamente la provincia de Entre Ríos, cuya importancia geográfica y natural aparece destacada por el hecho de que "el día que haya leyes inteligentes de navegación, será el *paraíso terrenal*, el centro del poder y de la riqueza, el conjunto más compacto de ciudades florecientes" (p. 87). Compara ese territorio "regado por la naturaleza con el esmero de un jardín" con la estrecha franja del valle del Nilo en Egipto, con la "Holanda cenagosa" y "la Francia mal regada", para concluir que si en el jardín entrerriano sólo "pacen hoy rebaños de vacas" es por la falta de leyes de navegación y una "mala aplicación de territorio privilegiado". Se trata —una vez más— de parecerse a Europa: ¿Acaso las sierras de Córdoba no recuerdan a los "sitios risueños y pintorescos de los Alpes de la Suiza?" (p. 118). Y la posibilidad de parecerse a algo ya existente, convierte el proyecto utópico en algo *posible*. Lo que es utopía en América, es realidad en Europa, aunque este principio se relacione en forma ambivalente con el hecho de que América es —al mismo tiempo— depositaria de la esperanza perdida en Europa.

En la dialéctica entre esperanza americana y modelo europeo radica una de las claves no sólo del pensamiento de Sarmiento sino de la propia historia del continente. Una dialéctica hecha de los reflejos que se envían mutuamente los espejos situados en las dos orillas del Atlántico —el modelo europeo que deslumbra y se imita y el espacio americano ensalzado como propicio para la utopía— ambos condicionándose y deformando la visión integral de la realidad, necesitada —más que nunca— de una interpretación original y ajustada.

La vigencia de la problemática no resuelta entre modelo europeo y utopía americana explica en buena parte el interés —donde se mezcla la apasionada adhesión y el vehemente rechazo— que sigue suscitando la prosa del polifacético sanjuanino a los cien años de su muerte.